

# Ciento cincuenta años del nacimiento de Verdaguer

XAVIER  
MACIÀ

Ningún catalán de mediana cultura literaria —ningún catalán, me atrevería a decir— olvida a Verdaguer cuando se le pregunta por los poetas más importantes de la literatura catalana, aun cuando, pongamos por caso, haya leído escasamente algunos de sus versos y de su extensa obra recuerde sólo alguno de los títulos más emblemáticos, como *L'Atlàntida* o *Canigó*, por poner algún ejemplo. Y es que Verdaguer, laureado y mitificado ya como poeta nacional por sus propios contemporáneos, forma parte de lo que podríamos llamar la "heredad" cultural de los catalanes. En palabras de Caries Riba: "En Cataluña Verdaguer sigue siendo el poeta por antonomasia, el genio de un idioma al que se permanece deliberada o instintivamente fiel, como para no perder el alma."

La admiración, el prestigio y la popularidad que Mossén Cinto consiguió en vida, tanto entre los sectores cultos de la sociedad de su tiempo como entre el pueblo llano, y el hondo magnetismo de su obra y de su persona, no sólo no han

## POESÍA

menguado, sino que con el paso de los años se han ido afirmando de forma casi natural, como si "lo

**«La admiración, el prestigio y la popularidad que Mossén Cinto consiguió en vida, tanto entre los sectores cultos de la sociedad de su tiempo como entre el pueblo llano, y el hondo magnetismo de su obra y de su persona, no sólo no han menguado, sino que con el paso de los años se han ido afirmando de forma casi natural, como si "lo verdagueriano", liberado definitivamente de la circunstancia y de la historia, elevado a símbolo referencial y patrio, hubiera devenido de alguna manera parte esencial del alma catalana.»**

verdagueriano", liberado definitivamente de la circunstancia y de la historia, elevado a símbolo referencial y patrio, hubiera devenido de alguna manera parte esencial del alma catalana. Y lo cierto es que desde siempre, Verdaguer ha sido, en mayor o menor grado, punto de referencia obligado de cuantos intelectuales y escritores le han sucedido, y que muchas de sus composiciones (el "Virolai", "L'emigrant", la "Cangó del raier", etc.) se han popularizado a tal extremo que han perdido su autoría, convirtiéndose así en patrimonio del pueblo.

Se han cumplido en 1995 los ciento cincuenta años del nacimiento del poeta y su figura, mitificada y encumbrada, sigue irradiando misterio y magnetismo. La identificación espiritual, profunda, entre el poeta y el pueblo catalán es aún una realidad difícil de explicar de forma racional. Poco importa. Lo que cuenta, ahora, y la situación cultural y política de Cataluña lo permiten, es centrarse en el estudio de su obra, lo único verdaderamente real y tangible que de él nos queda, y de su tiempo. Ya se han dado los primeros pasos. La celebración del "Coloquio sobre la Renaixenga" (diciembre de 1984) y del "Coloquio sobre Verdaguer" (abril de 1986) dieron origen a una iniciativa, la publicación del "Anuario Verdaguer", bajo la dirección y el impulso de la dinámica Sociedad Verdaguer, que va a representar —representa— sin lugar a dudas la aportación más valiosa, desde el punto de vista

histórico y literario, hecha nunca por los estudiosos verdaguerianos, no sólo catalanes, sobre la magna obra del poeta. Por su parte, la "Biblioteca Verdague-riana", de editorial Barcino, reemprendió con nuevo ímpetu, también el 1986, coincidiendo con el centenario de *Canigó*, la publicación de nuevos números de la colección, entre los que podemos citar: *Rondalles* (1992), los tres volúmenes de *Excursions i viatges* (1991 y 1992), el volumen XI del *Epistolari de Jacint Verdaguer* o el material documental *Manuscrits verda-guerians de revelacions, exorcis-mes i visions, I* (1994). Por otro lado, cabe resaltar la importancia y transcendencia del compromiso de publicación de la edición crítica de toda la obra verdagueriana, según convenio firmado por Editorial Eumo y la Consejería de Cultura de la Generalitat en 1987, que era de hecho la gran asignatura pendiente de Cataluña para con su poeta nacional.

Pero, ¿quién fue Verdaguer? Jacint Verdaguer i Santaló, el tercero de ocho hermanos, nació en Folgueroles, pueblecito del llano de Vic, en el seno de una familia humilde que trabajaba el campo. Corría el año 1845, el mismo en que Jaime Balmes daba a conocer *El Criterio*. Verdaguer heredó de su madre la afición por la lectura, el interés por lo popular y la devoción religiosa. Su padre le inculcó la tenacidad, el amor al

**«Cabe resaltar la importancia y transcendencia del compromiso de publicación de la edición crítica de toda la obra verdagueriana, según convenio firmado por Editorial Eumo y la Consejería de Cultura de la Generalitat en 1987, que era de hecho la gran asignatura pendiente de Cataluña para con su poeta nacional.»**



trabajo y a la tierra. A la edad de diez años, Verdaguer ingresa en el Seminario de Vic donde cursa estudios de Humanidades, Retórica y Filosofía, que completa con los de Teología, recibidos

durante su estancia en la masía "Can Tona", entre 1863 y 1871. Es éste un periodo decisivo, de formación, durante el cual Verdaguer descubre casi al mismo tiempo las dos vocaciones de su vida: la de sacerdote y la de poeta. Y resulta significativo que sea precisamente la primera la que le reporte, de un modo inmediato, los primeros éxitos (en el certamen de los Juegos Florales de 1865, gracias a los cuales se da a conocer públicamente y trabaja amistad con algunos de los prohombres más significados de la "Renaixença"), mientras que como sacerdote, para mengua de su salud y de su alma, desde 1871 vive semi-enclaustrado en la pequeña parroquia de Vinyoles d'Oris, dedicado a unas obligaciones pastorales con las que no se siente realizado y enfrascado en proyectos literarios que le absorben completamente: renovación del repertorio popular de canciones religiosas, redacción del poema *L'Atlántida* y escritura del libro *Idilis i cants místics*.

Durante estos años, pues, se produce un desajuste significativo entre las aspiraciones eclesiásticas y literarias del poeta que le causan un decaimiento físico y moral. Pero las cosas cambiarán a partir de 1874. De hecho, los nueve viajes trasatlánticos (de España a Cuba y de Cuba a España) que durante dos años hace como capellán de la naviera propiedad del Marqués de

Comillas le reportarán notables beneficios: por un lado, repondrán su maltrecha salud, y por otro, le darán fuerzas e inspiración para terminar la primera de sus obras más ambiciosas y conocidas, *L'Atlántida*, la magna epopeya, entre neoclásica y romántica, fraguada con ahínco durante veinte largos años, que es, a la vez, culminación personal del genio individual y culminación también de una honda aspiración colectiva, porque de hecho el poema —y el poeta— se yergue como hito primordial e indiscutible de todo el movimiento cultural y literario de la "Renaixenga".

Entre 1877 y 1893 Verdaguer vive el período más brillante y fecundo de su vida, tanto desde el punto de vista personal como del social y literario. Y, al menos aparentemente, consigue la anhelada síntesis entre sacerdocio y poesía. La presentación de su gran poema épico *L'Atlántida* en los Juegos Florales de 1877 constituye su consagración definitiva más allá de nuestras fronteras. Por otra parte, continúa al servicio del primer Marqués de Comillas, quien le nombra capellán de la familia y limosnero, funciones que desempeña en el Palacio Moja de Barcelona. Verdaguer deja ya definitivamente de ser un sencillo sacerdote de pueblo y pasa a frecuentar la alta sociedad barcelonesa y los círculos culturales más selectos. Su cómoda posición social y económica le permiten viajar (Costa africana, norte de Europa, Egipto, Pales-

## POESÍA

tina, Los Pirineos...), dedicarse plenamente a la producción literaria (escribe obras de gran fuerza, centrales, como *Lo som-ni de Sant Joan* y *Canigó*, y otras de

**«Los nueve viajes trasatlánticos (de España a Cuba y de Cuba a España) que durante dos años hace como capellán de la naviera propiedad del Marqués de Comillas le reportarán notables beneficios: por un lado, repondrán su maltrecha salud, y por otro, le darán fuerzas e inspiración para terminar la primera de sus obras más ambiciosas y conocidas, *L'Atlántida*, la magna epopeya, entre neoclásica y romántica, fraguada con ahínco durante veinte largos años.»**

gran popularidad, como *Montserrat*, *A Barcelona*, o *Lo Pi de les tres branques*) y participar activamente en diferentes certámenes poéticos, campañas religiosas (como la celebración del milenario del santuario de Montserrat) y movimientos cívicos (como la presentación del *Memorial de greuges* al rey Alfonso XII).

Diecisiete años duró este período de estabilidad, hasta que sobrevino la crisis. Así lo explica el poeta en su composición "*La formiga*" (la hormiga): *Mes grandeses foren / floretes d'empriu/que neixen i moren, /bom-bolles de ñu. /Fou aquella gloria / vana i transitoria /com peí la-pidaire / rosada d'estiu.* (Mis grandezas fueron floréenas del campo que nacen y mueren, burbujas de río. Fue esa gloria vana y transitoria, como para el lapidario el rocío estival). En la plenitud de su vida y de su carrera literaria, pues, Jacint Verdaguer se sume en una fuerte crisis personal y espiritual, que coincide con el retorno de su viaje a Tierra Santa. Encumbrado como poeta, Verdaguer se siente insatisfecho como sacerdote. En una carta a su amigo y consejero Jaume Collell, Verdaguer le confiesa que su vida carece de sentido: *He visto pasar uno a uno mis cuarenta años y de todos me avergüenzo. Podrías resumir mi desperdiciada vida con esta palabra, tergiversando la del Evangelio, "Male omnia fecit".* En su afán de purificación y de

redención, Verdaguer se aleja de la literatura, radicaliza su fervor cristiano y su ascetismo, administra imprudentemente las caridades del Marqués, contrae deudas y se relaciona con personas y religiosos poco gratos a la jerarquía eclesiástica. Esta nueva actitud comporta el rechazo del Marqués y del obispo y Verdaguer es confinado al santuario de la Gleva.

En un principio, Verdaguer, que ignora que el destierro es definitivo, se resigna a la situación y retoma la actividad literaria. Publica, entre otras, las obras menores *Roser de tot l'any*, *Die-tari depensaments religiosos* y la trilogía *Jesús infant*. Pero al cabo de un tiempo el escritor siente la necesidad de volver a Barcelona y, ante la negativa del obispo, que no atiende a sus razones, y ante los rumores de demencia que circulan sobre él, se siente calumniado y engañado y decide huir de su encierro. Era el principio del fin. El mismo poeta favoreció el escándalo publicando en la prensa la serie de artículos titulado "*En defensa propia*", que hoy son considerados como lo mejor de su prosa literaria. Verdaguer será perseguido, marginado y, finalmente, privado de sus funciones de sacerdote. El caso Verdaguer divide la sociedad entre detractores y defensores del sacerdote-poeta y trasciende el ámbito catalán y español. Finalmente, después de la *retractatio* poco más que simbólica del poeta y la interven-

**«En la plenitud de su vida y de su carrera literaria, pues, Jacint Verdaguer se sume en una fuerte crisis personal y espiritual, que coincide con el retorno de su viaje a Tierra Santa.**

**Encumbrado como poeta, Verdaguer se siente insatisfecho como sacerdote.»**



ción conjunta del nuncio de Roma, los Padres Agustinos de El Escorial y el obispo de Madrid, Verdaguer es rehabilitado y ejerce como capellán en la

iglesia de Betlem, en la Rambla barcelonesa, situada enfrente mismo del Palacio donde consiguió gloria y honores. La situación precaria en la que se encuentra y un envejecimiento prematuro no le impiden sin embargo continuar su actividad como intelectual y poeta; funda y dirige tres revistas, frecuenta escritores, publica el libro *Aires del Montseny* y trabaja simultáneamente en nuevos poemarios. Pero ya su vida ha entrado en un callejón sin salida.

En la primavera de 1902 cae enfermo de gravedad y expira un atardecer del 10 de junio de aquel año, en Vila-Joana, en los bosques de Vallvidrera. El multitudinario entierro de Mossén Cinto es una muestra de dolor unánime, espontáneo y sincero. La muerte, en fin, le concede la paz anhelada y eleva su figura y su obra, por la gracia de Dios y del pueblo, a símbolo imperecedero. Como héroe-poeta lo definió Maragall en la nota necrológica que le dedica: *El poeta catalán descendió de la montaña a la ciudad cantando su poema, y nuestra lengua volvió a existir viva y completa, popular y literaria en una pieza. Él vino en el momento preciso en que había de venir porque, como todos los héroes, el momento lo creó él: y ésta es su gloria... Eso tuvo de héroe: el haber creado una realidad; eso tuvo de poeta: el haber roto a hablar por todos en su tierra.*

En realidad, su extensa obra, la cuarentena de libros escritos, y su particular periplo vital (modestos orígenes rurales, rápida

ascensión social y dramática caída) deben tanto a lo convulso de su época y de su sociedad como a lo controvertido de su persona. Verdager, que asumió como propias las campañas de recatolización y recatalanización a las que aspiraban tanto la Iglesia como el movimiento cultural y literario renacentista, se erigió, en su doble faceta de sacerdote-poeta, en el principal y más eficaz apologeta y propagador de ideología y construyó una obra literaria en la cual se nos presenta a la vez como receptor y transmisor de las voces de la tierra y de las voces del cielo. De ahí que su poesía, en la que convergen y se fusionan lo culto y lo popular, lo colectivo y lo íntimo, lo místico y lo profano, lo cristiano y lo ciclópeo, presente un dualismo estilístico, temático y formal. El conjunto de su obra, en esencia tan coherente y compacta, nace ante todo de la necesidad personal de sintetizar armónicamente los contrarios, el doble movimiento de nostalgia y ensueño (realidad y deseo) que origina y guía su verso. Grandilocuente y ultraépico a veces, miniaturista y tierno, otras, Verdager supo traducir, en un idioma sólido y altamente expresivo, las tensiones personales y colectivas y es por ello que su poesía es a la vez espejo del alma y de la historia. Como diría el poeta Joan Vinyoli, Verdager supo dar, con sus versos, "la medida de un hombre", y ahí reside parte de la grandeza de su obra.

## POESÍA

Entre las obras más representativas de su vasta producción literaria destacan: entre los poemas civiles: *L'Atlántida* (1878), *Patria* (1888) y *Carago* (1885), culminación del doble proceso de restauración catalana y cristiana; entre los poemas religiosos: *Idillis i cants místics* (1879), que mereciera el siguiente comentario de Menéndez Pelayo: "sin hipérbole puedo decir que no se desdeñaría cualquiera de los poetas del gran siglo de firmar algunas composiciones de los *Idilios* y *cantos místicos*: tal es el fervor cristiano y la delicadeza de formas y de conceptos que en ella resplandecen", *Montserrat* (1898) y *Flors del calvan* (1896) y *Al cel*

**«Verdager, que asumió como propias las campañas de recatolización y recatalanización a las que aspiraban tanto la Iglesia como el movimiento cultural y literario renacentista, se erigió, en su doble faceta de sacerdote-poeta, en el principal y más eficaz apologeta y propagador de ideología y construyó una obra literaria en la cual se nos presenta a la vez como receptor y transmisor de las voces de la tierra y de las voces del cielo.»**

(1903), de gran dramatismo e intensidad, muestra de su dramática experiencia de la soledad y finalmente, entre los textos en prosa: *Excursions i viatges* (1887) y la serie de artículos *En defensa propia*.

Verdager, forjador de la lengua literaria moderna, vitalizador del idioma y renovador de la métrica catalana, ayudó a crear con su obra algunos de los símbolos nacionales más emblemáticos y dio a su pueblo, como poeta y como sacerdote, lo mejor de su persona y de su arte; palabras para su piedad, expansión para su corazón y estructuras monumentales para su memoria. Él supo captar como nadie, como afirma Ricard Torrents, el "geni del lloc", el genio del lugar. La casi totalidad de su obra literaria se identifica con un paisaje concreto, ya sea éste el de la tierra catalana (en libros como *Montserrat*, *A Barcelona*, *Canigó*, *Excursions i viatges* o *Aires del Montseny*), lugares elevados, a través de la poesía, a la categoría de símbolos patrios; ya sea geográfico-sentimental (*Patria*, *Flors del Calvan* o *Al Cel*). Y es a un tiempo un paisaje real, concreto, y mítico, soñado, porque tiene su origen en un doble movimiento de ascensionalidad-terrenalidad, parte de una visión en que se aunan la vivencia personal, sensible, y la imaginación poética. Verdager, en palabras de Riba, "poseyó el don de ver las cosas en su vida y en su misterio, y en lo alto de cada cosa, ver el nombre natural, también en su vida y en su misterio".